

tamente, se encontraba envuelto. Sixto firmó, sin leer, después de haberle leído el señor Valette en alta voz la declaración, y antes de despedirse volvió a preguntar:

—¿Es decir, que puedo estar seguro de que no tendré necesidad de ir allá?

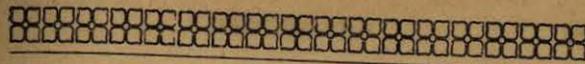
—Me parece que no—contestó el juez acompañándole hasta la puerta, y siguió diciendo—: De todas maneras sólo será por uno o dos días.—Y sintió una secreta satisfacción al ver que se pintaba indecible angustia en el rostro del pobre sabio. Después, y cuando éste hubo salido del despacho, dijo a su escribano: —He ahí los orates que sería muy conveniente encerrar.

El escribano movió la cabeza en señal de asentimiento, y el magistrado continuó:

—Con ideas como las de este loco de atar, acerca de la virtud y del crimen se pierden los jóvenes. Y el caso es que, según parece, él las profesa de buena fe... Menos peligroso sería siendo un canalla... ¿Sabe usted que con sus paradojas podría muy fácilmente enviar a la guillotina a su discípulo? Bien que, según las señas, le da lo mismo. Él solamente se inquieta por si le harán ir a Riom. ¡Valiente monomaniaco!

Y el juez y el escribano se rieron, encogiéndose de hombros. En seguida Valette, después de haber repasado en su memoria, en una meditación de algunos minutos, las diversas impresiones que le había producido aquel sujeto tan enigmático, dijo:

—¡Que me emplumen si imaginaba yo que el célebre Adriano Sixto se pareciese a éste...! ¡Es inconcebible!



### III

#### DOLOR SENCILLO

Mucho más enérgico habría sido el epíteto con que el juez de instrucción condenaba la impasibilidad del sabio, si el señor Valette hubiese podido seguir a Adriano Sixto y leer en aquel cerebro de filósofo durante el corto tiempo que medió entre el interrogatorio y la cita pedida por la desdichada madre de Roberto Greslou. Cuando hubo llegado al patio principal del Palacio de Justicia, aquél, a quien el juez calificaba de monomaniaco, miró la esfera como correspondía hacerlo a un trabajador tan metódicamente ordenado.

—Las dos y cuarto—pensó—; no podré estar en casa antes de las tres; la señora Greslou irá a las cuatro... No hay modo de que me ponga a trabajar... Es muy desagradable esto...

Adoptó, pues, en el momento mismo, la prudente determinación de trasladar a esta hora su cotidiano paseo, con tanta más razón, cuanto más fácil le era entrar en el Jardín de Plantas, siguiendo la corriente del río, y por la *Cité*, cuyo aspecto anticuado y cuya apacible dulzura eran muy de su agrado.

El cielo estaba azul, con un azul claro, propio de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

los días de heladas, matizado con ráfagas violadas en las lejanías del horizonte. Deslizábase el Sena, verdoso y animado, bajo los puentes, con sus barcos cargados, en que humeaban las chimeneas de sus casetas de madera con ventanas adornadas de flores. Los caballos trotaban alegremente sobre el seco empedrado. Si el filósofo advirtió todos estos pormenores en el tiempo empleado por él en ganar la acera del muelle con las precauciones de un provinciano asustado por los carruajes, fué, sin duda, más inconscientemente que en otras ocasiones. Sixto seguía pensando en las revelaciones que acababa de oír. Pero el cerebro de un filósofo es una máquina tan particular, que los sucesos no producen en él la impresión directa y sencilla que parece natural a las demás gentes. El filósofo se componía de tres individuos como encajonados unos en otros: existía en él primeramente el buen hombre, Adriano Sixto, solterón, acostumbrado a los cuidados meticulosos de su ama de llaves, y cuidadoso, ante todo, de su tranquilidad material; existía también en segundo término, el polemista filósofo, el *autor*, para decirlo de una vez, animado, quizás sin saberlo, del feroz amor propio común a todos los escritores; existía por último, el gran psicólogo apasionadamente ligado a los problemas de la existencia íntima. Era preciso, pues, para que una idea realizase su acción completa sobre aquel espíritu, que hubiese atravesado aquellos tres compartimientos.

Desde el Palacio de Justicia hasta los primeros pasos a la orilla del Sena tocóle razonar al burgués señor de Sixto.

—Sí—se decía repitiendo las palabras que la vista del reloj le había arrancado—; es muy desagradable esto. Un día entero perdido y ¿para qué? Porque yo pregunto: ¿qué tengo que ver con esta historia del envenenamiento y con lo que mis declaraciones puedan llevar al proceso?

Bien comprendía Sixto que, en las manos de un abogado hábil, sus teorías sobre el crimen y sobre la responsabilidad criminal podrían convertirse contra Roberto Greslou en armas muy temibles.

—Eso no era motivo para molestarme. Estas gentes no se hacen cargo siquiera de lo que es la vida de un hombre laborioso... ¡Qué necedad la de ese juez con sus estúpidas preguntas...! ¡Con tal de que no me obliguen a presentarme en Riom ante algunos otros individuos tan majaderos como éste!

El cuadro de un viaje pintábase de nuevo en la imaginación de Sixto como el choque violento que un trastorno de este género representa para un hombre de gabinete, a quien la actividad desorienta y para el que el más insignificante malestar físico es una desgracia verdadera. Las inteligencias privilegiadas tienen estas puerilidades. Veía el filósofo, todo atribulado, abierta su maleta, con ropa interior doblada, los papeles necesarios para los trabajos de momento puestos al lado de sus camisas; veía después su subida al carruaje de alquiler, el barullo de la estación del ferrocarril, el vagón con las groseras promiscuidades de los compañeros de compartimiento, su llegada a la ciudad desconocida, las deficiencias de un cuarto de fonda sin los cuidados de la señorita de Trapenard, que, si bien Sixto no lo

notaba, había llegado a serle indispensables como a un niño.

Aquel pensador independiente hasta el heroísmo, que en otras épocas hubiera arrostrado el martirio por sus convicciones como un Giordano Bruno o como un Vanini, sentíase, ante la imagen de tan insignificantes molestias, acometido por una especie de espanto animal. Mirábase ya ante los jurados, constreñido a contestar a las preguntas del presidente en presencia de una muchedumbre que le miraría curiosa, y todo esto sin tener contra su timidez natural punto de apoyo en una idea; esta es la sola fuente de energía para los *especulativos* puros.

—No volverá a recibir la visita de ningún joven— dijo al fin hondamente turbado por sus previsiones...

—Sí, de hoy más, cerraré la puerta de mi despacho a piedra y lodo. Pero no nos adelantemos a los sucesos. Acaso todo haya terminado con mi declaración de hoy y no sea menester que yo tenga un nuevo contratiempo.

—¡Concluído...! ¡Terminado...!—Y aquí el casero burgués cedía el puesto, para continuar este soliloquio íntimo, al segundo de los tres personajes, contenidos en Adriano, al autor de obras discutidas con pasión por el público... ¡Terminado!—En lo que respecta al *Yo* que va y que viene, que habita en la calle de Guy de la Brosse y que se molestaría extraordinariamente viajando en invierno y por una barbaridad... sea; pero ¿y en lo que se refiere a mis ideas y a mis libros? ¡Cosa extraña, en verdad, es este aborrecimiento instintivo de los ignorantes a los sistemas que ni aun comprender pueden...! Un joven enamo-

rado y celoso envenena a una muchacha para que ella no se case con otro. Aquel joven mantuvo, durante algún tiempo, correspondencia con un filósofo, cuyas obras estudia. Pues el culpable de todo esto es el filósofo. Y heme aquí convertido en materialista... ¡Yo, que he probado que la materia no existe!—Sixto se encogió de hombros con desdén; de pronto otra figura surgió entre sus recuerdos, la de Mario Dumoulin, el profesor suplente en el colegio de Francia, el hombre a quien más aborrecía Adriano. Este vió al mismo tiempo, como si estuviesen allí delante de él, escritas en una revista *sensata*, algunas de las fórmulas a que era tan aficionado aquel defensor, con título oficial, del espiritualismo: «Las doctrinas perniciosas..., el veneno intelectual destilado por plumas que queremos considerar inconscientes... La escandalosa muestra de una psicología de reclamo y de corrupción...»

—Sí—se dijo Adriano con cierta amargura—; ese no sería él mismo si no aprovechara esta casualidad, que ha hecho que uno de mis discípulos sea envenenador... Estoy muy seguro... La psicología será la que todo lo haya hecho.

Conviene advertir que ese Mario Dumoulin, cuando se publicó la *Anatomía de la voluntad*, había señalado en el libro un error grave. Adriano Sixto fundaba uno de sus capítulos más ingeniosos en un supuesto descubrimiento de cierto fisiólogo alemán, que Sixto admitió como verdadero y cuya inexactitud acababa de ser demostrada.

Acaso Dumoulin, en su crítica de la obra, subrayaba esta inadvertencia del gran analista con una as-

pereza de ironía demasiado irreverente. Tanto le disgustó el reparo, que Sixto, a quien nunca pasó por el pensamiento contestar a una crítica de sus libros, quiso responder a la de Mario Dumoulin.

Confesando con sinceridad que había sido sorprendido, demostró Sixto, no sin trabajo, que aquel punto puramente incidental en nada afectaba al conjunto de su tesis. Adriano, sin embargo, había conservado siempre contra el crítico espiritualista un inexplicable rencor de sabio, tanto más fuerte cuanto era más cierto que podía el filósofo abonarlo en cuenta al desprecio que le inspiraba su carácter ruín, pues Mario había comprometido la sinceridad de sus doctrinas por pobres ambiciones de honores académicos y de puestos oficiales bien retribuidos.

—Me parece que estoy oyéndole—pensaba Sixto.—Lo que pueda decir de mis libros poco me importa; pero ¿y de la Psicología?, de que depende el porvenir de este país.

Como se ve, había llegado Sixto, como suelen llegar en esto otros hombres sistemáticos, a hacer de sus doctrinas el centro del mundo. El sabio razonaba, poco más poco menos, de la manera siguiente:

Dado un hecho histórico, ¿cuál es su causa principal? Un estado general de los ánimos. Este estado de los ánimos tiene su origen en las ideas dominantes. La revolución francesa, por ejemplo, procede toda de una concepción falsa del hombre, emanada de la filosofía cartesiana y del *Discurso sobre el método*.

El filósofo deducía de tales premisas que para modificar el curso de los acontecimientos era menester,

ante todo, modificar las nociones generalmente aceptadas sobre el alma humana, y poner, en lugar de esas nociones, datos precisos de los que resultasen una educación y una política nuevas.

De esta suerte, cuando Sixto se indignaba contra Mario Dumoulin, creía de buena fe que estaba indignándose contra un entorpecimiento al bien de todos. Tuvo Adriano algunos minutos terribles, en que se imaginó a ese adversario aborrecido tomando pretexto en la muerte de la señorita de Jussat para dirigir un vigoroso ataque a la ciencia moderna del alma.

«¿Será preciso contestarle otra vez?», se preguntaba Sixto, para quien el ataque de su rival era ya una venganza. ¡Tan semejantes son todas las pasiones en su facultad de considerar real lo que ellas imaginan! «Sí—contestaba el sabio hablando ya en alta voz—, le responderé, y con mi tinta más negra.»

Hallábase entonces enfrente del templo de *Nuestra Señora*, y se detuvo para contemplar la arquitectura de aquel monumento. La antigua catedral simbolizaba para el sabio ordinariamente el carácter complicado del espíritu germánico, que Sixto, en su imaginación, oponía al carácter sencillo del espíritu griego, representado por él en una fotografía del Parthenón, contemplada en otro tiempo durante largos ratos en la Biblioteca de Nancy. El recuerdo de Alemania, súbitamente evocado, cambió en un segundo el curso de sus ideas. Recordó, casi a su pesar, a Hegel; recordó después la doctrina de la identidad de los contradictorios; después la teoría de la evolución que se originó de aquella doctrina. Esta última idea se enlazó

con la que poco antes le agitaba, y al comenzar nuevamente su paseo principió a argumentar para sí mismo contra las previstas objeciones de Dumoulin sobre el caso de Roberto Greslou. Por primera vez, desde el principio de su conversación con el magistrado, el drama del castillo de Jussat-Rando adquiriría realidad en su inteligencia, porque Sixto pensaba entonces en él con el elemento más real de su naturaleza: con su facultad de psicólogo. Olvidóse entonces lo mismo de Dumoulin que de las molestias posibles de un viaje a Riom, y su cerebro se abstraía por completo en el problema moral planteado por el crimen. Su primera pregunta debería haber sido esta: «¿Roberto Greslou ha envenenado a la señorita de Jussat?» El filósofo no pensó siquiera en eso; dejóse arrastrar, sin percatarse de ello, del defecto común a los entendimientos generalizadores, que no ratifican jamás, sino a medias, los datos sobre los cuales teorizan. Los hechos particulares no son a sus ojos más que materia utilizable para sus lucubraciones y los desfiguran adrede para edificar mejor sus sistemas. Sixto volvió a la fórmula que le había servido para resumir, en su fuero interno, el drama:

—Un joven celoso que asesina... he aquí una nueva prueba en apoyo de mi tesis, de que el instinto de la destrucción y el del amor surgen unidos en el macho...

Sixto se había servido de este principio para escribir en su *Teoría de las pasiones* un capítulo de extraordinario atrevimiento sobre las aberraciones del instinto genésico. «La reaparición de la animalidad salvaje en el hombre civilizado bastaría para explicar

este acto. Convendría, no obstante, estudiar también la herencia particular del asesino.» Esforzóse entonces en recordar bien a Roberto Greslou; pero no logró resucitar en su memoria otro rasgo que aquellos que confirmaban la hipótesis ya esbozada en su cabeza:

—Aquellos ojos negros excesivamente brillantes, aquellos gestos demasiado vivos, aquel modo brusco de comenzar nuestras relaciones, su entusiasmo al hablar... Existía, sin duda, un desequilibrio nervioso en aquel muchacho. ¿Murió joven su padre? Si se probase que había habido alcoholismo en la familia, quizás tendríamos aquí un hermoso ejemplar de lo que Legrand Du Saulle llama *Epilepsia hereditaria*. Así explicaríamos el mutismo del procesado y sus negativas podrían resultar de buena fe. Esta es la diferencia esencial que Du Saulle indica entre el epiléptico y el enajenado. Este último se acuerda de sus actos, el epiléptico los olvida... ¿Será Roberto un *epiléptico hereditario*?

Llegado a este punto de su meditación tuvo el filósofo un momento de alegría verdadera. Acababa, según una costumbre a que son muy dados los hombres de su casta, de labrar un edificio de ideas que él tomaba buenamente por una explicación de lo sucedido. Examinó esta hipótesis desde distintos puntos de vista, recordando diferentes ejemplos citados por un autor en un magnífico *Tratado de Medicina legal*, y tanto y tan bien le entretuvo este trabajo, que llegó hasta el Jardín de Plantas, en el que penetró por la puerta principal del muelle de San Bernardo. Volvió entonces hacia la derecha por una calle plan-

tada de árboles añosos, cuyos troncos se retuercen blindados de hierro y recubiertos de yeso. Flotaba en el aire, que se había hecho algo frío, un aroma salvaje que procedía de las bestias feroces que, cerca de ellos, daban vueltas en sus enrejadas jaulas. Este olor distrajo al filósofo de sus meditaciones. Sixto se puso a contemplar a un jabalí, ya viejo, de enorme cabeza, que de pie sobre sus patas diminutas tendía su hocico móvil y codicioso entre los colmillos retorcidos.

—¡Y decir—pensó el sabio—que nosotros no nos conocemos mejor que ese animal se conoce! ¡Esto que denominamos nuestra personalidad es una conciencia tan vaga, tan indefinida de las operaciones que se realizan en nosotros!

Y tornando a Roberto Greslou, siguió:

—¿Quién sabe? Este mozo estaba tan preocupado con la multiplicidad del *yo*! Nada habría de extraño en admitir la posibilidad de que Roberto llevase dentro de sí dos estados muy diferentes, como una condición primera y una segunda condición...; dos seres, en fin, uno cuerdo, inteligente, honrado, apasionado por el estudio, el que yo conocí; otro tenebroso, cruel, arrebatado, el asesino... Evidentemente este es un caso. He sido muy afortunado en encontrarle.

Sixto, al hablar así, ponía completamente en olvido que cuando salió del Palacio de Justicia renegaba de sus relaciones con el procesado de Riom.

—Será una gran fortuna estudiar ahora a la madre. Esta podrá facilitarme documentos exactos sobre los ascendientes de Roberto. ¡Está tan escasa nuestra colección de monografías hechas *de visu* sobre la

estructura natal de los grandes hombres y de los grandes criminales!... Procuraré hacer ésta.

Toda pasión sincera es egoísta, lo mismo la pasión intelectual que cualquiera otra.

El filósofo que, como suele decir el vulgo, no era capaz de hacer daño a una mosca, iba más animoso y mucho más alegre dirigiéndose hacia la puerta de Cuvier, desde donde tomaría la calle de Jussieu para entrar en la de Guy de la Brosse, ¡siendo así que iba a celebrar una entrevista con una pobre madre desesperada, cuyo propósito debía de ser suplicar a Sixto que le ayudase a salvar la vida de un hijo, tal vez inocente!

Pero la inocencia posible del presunto reo, el dolor de la madre, el papel que él mismo sería acaso llamado a desempeñar en la nueva escena, todo se desvanecía ante la idea fija del hecho significativo que debía coleccionarse.

Las cuatro daban cuando este soñador peregrino, y que de seguro no echaba de ver su propia ferocidad, como no la advierte un médico encantado con una autopsia rara, desembocó en su calle y llegó frente a su casa. En la puerta cochera había dos hombres: el señor Carbonnet y el mandadero habitualmente instalado al final de la calle. Vueltos de espaldas al lado por donde llegaba el filósofo, reíanse ambos de los traspies de un borracho perdido que iba por la acera de enfrente, y uno y otro se decían las cosas que espectáculos de ese linaje inspiran a la gente del pueblo; el gallo Fernando, cerca de ellos, saltaba, muy negro y muy reluciente, picoteando las rendijas del empedrado.

—He ahí uno que ha bebido demasiado—decía el mandadero.

—Pues yo creo—replicó Carbonnet—que si va como usted le ve ir, es porque no ha bebido bastante. Porque si hubiese bebido más se habría caído debajo de la mesa de la taberna y no estaría ahí haciendo *eses*... Bueno va, ahora se dirige a la enlutada.

Los dos interlocutores, que no habían visto venir al filósofo, le impedían entrar. Sixto, con los excesivos miramientos que no olvidaba nunca, dudó algunos minutos en molestarles. Maquinalmente siguió también con la vista al borracho. Era un infeliz desarrapado y astroso, cubría su cabeza con un sombrero de copa destruído por el tiempo y por las lluvias, y sus pies descansaban en unas botas completamente destrozadas. Había tropezado con una persona vestida de luto riguroso, que estaba parada en la acera de la calle de Guy de la Brosse, esquina a la de Linneo. Indudablemente aquella persona acechaba hacia esta última calle algo que le interesaba mucho, porque a pesar del tropezón no se movió en el primer momento. El hombre desarrapado, con esa insistencia peculiar de los borrachos, comenzó a pedir mil perdones a la señora, que acabó por notar su presencia. La señora entonces se apartó, haciendo un gesto de disgusto. El hombre ebrio se encolerizó con esto, y apoyado en la pared, lanzó contra la infeliz señora frases injuriosas y soeces; formóse muy pronto alrededor de ambos un corro de los chicos que jugaban por la calle. El mandadero se echó a reír y Carbonnet hizo otro tanto. Después, como se volviese para buscar su gallo, gruñendo:

—¿Dónde se habrá ido ahora ese tunante?...

Vió al señor Sixto, detrás del que se había refugiado Fernando, y que se había detenido también contemplando la escena entre el borracho y la desconocida.

—¡Ah, señor Sixto!—dijo el portero—justamente aquella señora de luto acaba de preguntar por usted dos veces. Dice que usted la espera.

—Vaya usted a llamarla—respondió Sixto, y pensó—es la madre.

Su primer impulso fué entrar en su casa inmediatamente, pero una especie de timidez le detuvo y le hizo permanecer en el portal mientras el portero, cubierta la cabeza con su gorra, rodeado al cuerpo su delantal de cuero, corría seguido de su gallo hasta el grupo reunido en la esquina de la calle. La señora, no bien oyó las palabras de Carbonnet corrió hacia la casa del filósofo, dejando al borracho que se las entendiese con el amo de Fernando. Sixto, continuando instintivamente los razonamientos comenzados en su paseo, advirtió en seguida un extraordinario parecido entre la mujer misteriosa que se acercaba a él y el joven a quien se acusaba de envenenador. Era aquella la misma mirada brillante en una fisonomía muy pálida y el mismo corte de cara. En esta ocasión, no tuvo la menor duda, e inmediatamente el psicólogo, implacable, curioso tan sólo de estudiar un hecho, cedió su puesto al hombre bonachón, torpe, desconocedor de la vida práctica, embarazado hasta el suplicio para dar comienzo a la conversación. La señora de Greslou, pues efectivamente era ella, le sacó, por fortuna, del apuro, diciéndole en seguida:

—Caballero, soy la persona que escribió a usted ayer.

—Lo celebro mucho, señora—baluceó el filósofo—. Deploro muy de veras no haber llegado antes, pero en la carta decía a usted que vendría a las cuatro... Además, salgo justamente del despacho del juez instructor, adonde he sido llamado para declarar con motivo de este desgraciado asunto de...

—¡Ah, caballero!—dijo la madre apoyando su mano en el brazo de Sixto para interrumpir la frase, señalándole con la vista al mandadero que seguía en la puerta escuchando con suma curiosidad.

—¡Ah! Dispense usted, señora—dijo el sabio, que comprendió, aunque tarde, la crueldad de su distracción—. Permítame usted que vaya delante para enseñar a usted el camino—. Y para ocultar el rubor de que sentía cubierto su rostro, comenzó a subir la escalera invadida ya por la obscuridad de la caída de una tarde de invierno. Sixto subía muy despacio en consideración al cansancio de su compañera, que se apoyaba en el pasamano como si apenas tuviese fuerzas físicas para subir al cuarto piso en que el sabio habitaba. Una respiración corta y que se oía en el silencio de aquella casa vacía, denunciaba la debilidad de la infeliz mujer. Por insensible que el filósofo fuese a las impresiones del mundo externo, sintióse conmovido cuando, ya en su gabinete, débilmente iluminado por el fuego de la chimenea y por la luz de la lámpara, pudo ver cara a cara a la madre de Roberto. Las profundas arrugas de su semblante, los labios secos por la calentura, el fruncimiento de sus cejas,

sus párpados amoratados, la contracción de sus manos, entre las cuales sostenía un rollo de papeles, sin duda alguna Memoria justificativa... todos los rasgos de su fisonomía, por fin, revelaban las torturas de un pensamiento fijo, y apenas cayó, más que se sentó, en un sillón, dijo con voz entrecortada por los sollozos:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!... He llegado muy tarde. Yo quería hablar a usted antes de su entrevista con el juez de instrucción... Pero usted le habrá defendido, ¿no es verdad?... Usted le habrá dicho que no, que era imposible... que mi hijo no ha cometido el crimen de que le acusan... Usted no lo cree culpable... ¿verdad?... Usted, a quien él llamaba su maestro y a quien tanto quería.

—Señora, no he tenido por qué defenderle—dijo Adriano—. Me han preguntado las relaciones que había yo mantenido con él, y como yo sólo le he visto dos veces, y como él únicamente me ha hablado de sus estudios...

—¡Ah!—interrumpió la madre angustiada, y tornó a decir—: He llegado muy tarde... Pero, no—dijo en seguida juntando, en ademán de súplica, sus manos temblorosas—; usted vendrá para declarar ante los jueces que mi hijo no puede ser culpable; que usted sabe que no puede serlo. No se convierte uno así, de pronto, en asesino o envenenador. La juventud de los criminales anuncia ya sus crímenes... Son siempre unas malas cabezas, holgazanes... Pero, ¿él...? Desde que era niño, siempre al lado de su pobre padre, sin separarse un instante de sus libros. Yo era, yo era quien tenía que decirle: «Vamos, Roberto, sal

un rato..., es necesario que pasees, que tomes el aire, que te distraigas...» Si hubiese usted visto qué vida tan tranquila llevábamos él y yo antes de que entrase mi pobre hijo en esa casa maldecida. Y ha sido por mí, por no ocasionarme más gastos y continuar sus estudios por lo que ha entrado en ella. Roberto hubiese sido *agregado* dentro de tres o cuatro años..., después habría obtenido una plaza de profesor en un Liceo, quizás en Clermont. Yo le hubiera casado... Tenía yo preparado ya para él un buen partido... Yo habría permanecido allí, con mis hijos, en un rincón del hogar para cuidar a los nietecillos... ¡Ah, caballero!—Y la desdichada madre buscaba en los ojos del filósofo una respuesta conforme con su anhelo—. Diga usted si es posible que un hijo como el mío, con esas ideas, haya hecho lo que cuentan. ¡Eso es una infamia! ¿Verdad, caballero, que es una infamia?»

—Cálmese usted, señora, cálmese usted.

Estas fueron las únicas palabras con que Adriano Sixto supo responder a la afligida madre de su discípulo; de aquella madre que ante él, con acento desgarrador, lloraba la ruina de sus más dulces esperanzas. Por otra parte, influído casi por su conversación con el juez, hallaba el filósofo a la pobre señora tan separada de la verdad y forjándose ilusiones tan ciegas, que Sixto se quedaba estupefacto; y también, ¿por qué no confesarlo?, la nueva perspectiva del viaje a Riom le espantaba casi tanto cuanto aquel dolor humano le sobrecogía. Estas diversas impresiones se traducían en su mirada por una vacilación y una frialdad que no se ocultaron a la madre. Los

padecimientos extremados tienen intuiciones instintivas infalibles. Aquella mujer comprendió que el filósofo no creía en la inocencia de Roberto, y con gesto de desaliento y apartándose de Sixto con horror, le gritó:

—¡Cómo...! ¿Usted también...? ¿Usted también es enemigo suyo...? ¿Usted... Usted?

—No, señora, no—respondió con dulzura Adriano—; no soy enemigo de Roberto. Nada deseo tanto como creer lo que usted cree. Pero, ¿me permite usted que le hable con entera franqueza? Los hechos son hechos y, por esta vez, son terribles para ese joven desdichado. El veneno comprado clandestinamente, la botella arrojada por la ventana, la otra botella medio vacía y llena después con agua, aquella salida del cuarto de la joven en la noche del envenenamiento, el supuesto telegrama, su marcha repentina, las cartas quemadas y después sus negaciones...

—Pero en todo eso no hay una sola prueba, caballero—interrumpió la madre—, ni una sola. ¡Su marcha repentina! Mi hijo quería dejar su empleo desde hacía más de un mes; tengo las cartas en que me anuncia este propósito; además, el fin de su compromiso estaba ya muy próximo. Presumía él que tratarían de detenerlo, y estaba ya muy fatigado de aquella vida de preceptor. Pero como es tímido y débil buscó un pretexto cualquiera y discurrió inventar aquel desdichado telegrama. ¡El veneno...! Pero, señor, si mi hijo no lo ha comprado en secreto ni se ha ocultado para comprarlo..., padece del estómago..., ¿cuántos años ha...! ¡Había estudiado tanto el pobre después de sus comidas! ¡Su salida aquella noche!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Pero, por Dios, ¿quién le había visto salir...? ¡Un criado! ¿Y no puede ese lacayo estar pagado por el verdadero asesino para acusar a mi hijo? ¿Conozco yo, por ventura, las intrigas que tenía esa joven, ni sé quién pudiera tener interés en matarla? ¡La botella arrojada al jardín! ¡La otra llenada con agua! ¡Las cartas quemadas! ¿Pero no ve usted claro, clarísimo, que esa es la continuación de un plan encaminado a conseguir que recaigan las sospechas en mi hijo! ¿Cómo y por qué...? Algún día se descubrirá esto..., usted lo verá... Lo que aseguro es la inocencia de mi hijo. Lo juro por la memoria de su padre. ¡Ah! ¿Usted piensa que lo defendería yo, como lo defiende, si le tuviese por criminal? ¡Oh, no! Yo solicitaría compasión, sollozaría, rogaría, mientras que yo nada de eso hago, ni pido misericordia, grito: ¡justicia... justicia... justicia! No, mil veces no, esas gentes no tenían derecho a acusarle como lo han hecho, a prenderle, a deshonorar nuestro nombre por nada, por nada. Porque, en fin, caballero, he demostrado a usted que no existe ni una sola prueba.

—Si Roberto es inocente, ¿por qué esa obstinación en callar?—preguntó el filósofo, que, allá en su fuero interno, pensaba que la pobre mujer nada había probado sino su obstinación en luchar contra la evidencia.

—¡Bah! Si Roberto fuese culpable hablaría—gritó enérgicamente la señora de Greslou—. Se defendería, mentiría... No—siguió diciendo con voz ahogada y sorda—en todo esto hay un misterio. Roberto sabe algo, estoy segurísima, algo que no quiere revelar. Algún motivo tiene para no hablar. ¿Por qué no

habla? Quizá para no deshonorar la memoria de esa joven, a la que ellos dicen que mi hijo amaba. ¡Ah, caballero, si he querido hablar con usted a toda costa, si he dejado a Riom por dos días ha sido por esto! Sólo usted podrá conseguir que mi hijo hable, obtener de él que se defienda, que se justifique. Es preciso que usted me prometa escribirle o ir a verle a Riom. Nada hará usted con esto sino pagarme lo que me debe—dijo con voz dura la señora de Greslou—. ¡Me ha hecho usted padecer tanto!

—¿Yo?—preguntó asombrado el filósofo.

—Sí, usted—respondió con aspereza la viuda; y mientras hablaba, veíase en su rostro la sombría violencia de rencores antiguos—. Si Roberto ha perdido su fe, ¿de quién es la culpa? De usted, caballero, de sus libros. ¡Oh, Dios mío, cuánto he aborrecido a usted en aquella época!... Me parece que estoy viéndole ahora mismo, cuando me dijo que no quería comulgar el día de las ánimas, porque *tenía dudas*... Yo le dije entonces: ¡en el día de las ánimas!... ¿Y tu padre?—Y Roberto me contestó: «Déjame en paz, madre, ya no creo en esas cosas, se ha concluido eso—.» Mi hijo estaba sentado a la mesa, y tenía delante un libro que cerró para hablarme. Lo recuerdo como si fuese ahora; leí maquinalmente, sin querer leerlo, el nombre del autor... Era el de usted. Yo aquel día no discutí con mi hijo... ¿para qué? El era ya un sabio... yo una pobre ignorante. Pero al día siguiente, mientras Roberto estaba en el colegio, introduje al padre Martel, que había educado a Roberto, en el cuarto de estudio de éste, para que aquel sacerdote viese la biblioteca de mi hijo. Tenía yo el presenti-

miento de que las lecturas habían sido la perdición de mi Roberto. El libro de usted, caballero, estaba todavía encima de la mesa; el padre Martel lo tomó, y me dijo: «Este es el peor de todos». Dispénsenme usted, perdóneme usted, caballero, si le ofenden mis palabras; pero ¿sabe usted?; si mi hijo fuese todavía el cristiano de otro tiempo, yo hubiera acudido a su confesor para que le hiciera declarar, para que le mandase romper el silencio. Usted le ha quitado su fe, no hago a usted un cargo por esto, ni le aborrezco a usted ya; pero lo que habría yo solicitado del sacerdote, vengo a solicitarlo de usted. ¡Ah, si usted le hubiera oído cuando regresó de París! Me decía muy a menudo hablándome de usted: «No le conoces, mamá; si le conocieses, le venerarías; es un santo.» ¡Ah, caballero, prométame usted que le mandará hablar! ¡Que hable, que hable, por mí, por el nombre sin mancha de su padre, por los que le quisieren, y por usted también, que no puede ni querrá tener por discípulo a un asesino! Porque Roberto es discípulo de usted; usted ha sido su maestro; debe a usted, a su maestro, la empresa de defenderse, y a mí también, a su madre.

—Señora—dijo el sabio con solemnidad—, prometo a usted hacer cuanto me sea posible.

Era esta la segunda vez que durante el día se levantaba ante Sixto aquella responsabilidad de profesor a discípulo. Háblala hallado ante el juez instructor preparado para la resistencia del pensador, que rechaza con desdén una acusación insensata. Las palabras de aquella mujer anciana, estremecida con el dolor humano, al cual la existencia de ermitaño in-

telectual que Sixto llevaba le tenía tan poco habituado, tocaron en su espíritu fibras muy distintas de las del orgullo. Más extraordinariamente se conmovió cuando la señora de Greslou, tomando sus manos, le dijo con una mansedumbre y una dulzura que contrastaban con su aspereza anterior.

—Bien me había dicho mi Roberto que usted era bueno, muy bueno... He venido, además—dijo la pobre madre enjugándose las lágrimas—, para cumplir un encargo que mi desdichado hijo me hizo; y vea usted si no es otra prueba de su inocencia. En su prisión, desde hace dos meses, ha puesto en limpio un trabajo muy extenso de filosofía. Roberto estima en mucho este trabajo, que es, según él me ha dicho, su obra más importante; yo me he encargado de entregársele a usted.—Al decir esto, la señora de Greslou tendió al filósofo el rollo de papeles que tenía sobre la falda, y dijo:—Está lo mismo que Roberto me lo entregó... Allí le dejan escribir cuanto quiere... Todos le estiman. A mí se me permite que le hable en sitio distante de aquel horrible locutorio, en el que había siempre un vigilante entre él y yo. Ahora nos vemos en la sala de abogados... Pero ¿cómo no quererle cuando se le conoce? ¿Hará usted el favor de leer esto?—preguntó, por último, con voz alterada—: Mi hijo no ha mentado nunca; creo que esto será lo que él me ha dicho... Pero podría suceder que hubiera escrito a usted lo que no ha querido confiar a nadie.

—Leeré esto en seguida—dijo Adriano Sixto, que desenvolvió el paquete—. Echó una ojeada sobre la página primera del cuaderno y leyó: *Psicología mo-*

derna; en la segunda página había escritas las palabras siguientes: *Memoria sobre mi mismo*, y debajo estas otras: «Suplico a mi querido maestro, señor Sixto, que se considere como comprometido, bajo su palabra, a reservar para sí las páginas escritas a continuación. Si no le conviniere este compromiso con su desgraciado discípulo, pídele que rompa este cuaderno, pues me entrego confiado a su honor para no entregar esta Memoria a nadie, ni aún tratándose de salvar mi existencia.» Y el joven había firmado estas palabras solamente con las iniciales R. G.

—¿Qué hay?—preguntaba la madre, mientras el filósofo hojeaba el cuaderno—. ¿Qué hay?—preguntaba con insistencia demostrando su terrible ansiedad.

—No hay nada—dijo Sixto, cerrando el cuaderno y mostrando la primer página a los ojos de la señora de Greslou—; es, efectivamente, como él había dicho a usted, un trabajo sobre filosofía.

La madre tuvo una pregunta en los labios..., una desconfianza en la mirada, mientras leía aquella fórmula técnica ininteligible para su espíritu. La infeliz había echado de ver las vacilaciones de Sixto; pero no se atrevió a dirigir la pregunta; levantóse, pues, y para despedirse dijo:

—Ya me perdonará usted que le haya molestado tanto tiempo. He puesto en usted mi última esperanza y no puedo creer que engañe usted a una madre desventurada. Me llevo una promesa que...

—Todo lo que yo pueda hacer para que la verdad sea conocida lo haré, señora; lo prometo a usted otra vez.

Cuando hubo acompañado a la pobre señora y se halló solo en su despacho, Adriano Sixto permaneció bastante tiempo sumergido en sus meditaciones. Tomando de nuevo el manuscrito que la señora de Greslou le había entregado, leyó y volvió a leer las palabras escritas por el joven, y rechazando el cuaderno tentador, comenzó a dar paseos por el cuarto. Dos veces cogió aquellos papeles y se aproximó con ellos a la chimenea; pero no los arrojó a las llamas. Habíase entablado en su cerebro un empeñado combate entre la devoradora curiosidad que aquella confesión de su discípulo despertaba en él y escrúpulos de muy distinto género. Sixto lo comprendía perfectamente: adquirir el compromiso que aquella lectura le imponía y conocer lo que prodría conocer en aquellas páginas le colocaría quizá en una situación horrorosa. Si llegaba él a ser poseedor de la prueba de que Roberto era inocente, sin tener el derecho de utilizarla para salvarle; o lo que Sixto temía más, si adquiriría la certidumbre de la culpabilidad de su discípulo, ¿no sería terrible su situación? Sin que él mismo se diese razón de esto, Adriano Sixto temía también, allá en el fondo más íntimo de su conciencia, hallar a través de esa Memoria, si el crimen existía, las huellas de la influencia suya y la acusación cruel, dos veces formulada ya en el curso de aquel día agitado, de que sus libros se hallaban relacionados con aquella historia siniestra. Por otra parte, su egoísmo inconsciente de hombre de estudios, y que aborrecía todo ruido, hacía le desear con toda su alma que no le obligasen a meterse más hondamente

en un drama en el cual, en último resultado, no tenía él por qué mezclarse.

—No—dijo al fin—, no; no quiero leer esta Memoria. Escribiré a Roberto como he prometido a su madre, y hemos concluido.

La hora de la comida lo encontró engolfado en estas reflexiones. Comió solo, como de costumbre, sentado muy cerca de la chimenea. Extremadamente friolero, Adriano Sixto sólo pensaba, con respecto a comodidades, en la calefacción. La lámpara misma de su despacho alumbraba su frugal comida, compuesta aquella tarde, lo mismo que todas, de un caldo, un plato de legumbres y pasas de postre. Sixto no bebía nunca más que agua. Ordinariamente, mientras comía, tomaba el filósofo uno de los libros que ocupaban un armario-librería, desterrado allí para evitar estorbos en el despacho; o bien escuchaba de su ama de gobierno, la señorita de Trapenard, noticias de asuntos domésticos y de cuentas caseras. Aquella noche, ni Adriano Sixto cogió libro alguno, ni su ama de llaves consiguió saber, aunque lo procuró varias veces, si la visita de la señora enlutada y la citación del juez estaban relacionadas entre sí. Corría viento, un viento de invierno, cuyas quejas venían a morir silenciosamente contra las puertas vidrieras de las ventanas a través del espacio obscuro. Sentado en su sillón, después de comer, y con el manuscrito de Roberto ante su vista, el sabio, en vez de salir, permaneció largo rato escuchando los tristes gemidos del viento. Las mismas dudas volvieron a apoderarse de su ánimo. Por último, la psicología venció sobre todos los escrúpulos, y cuando algunos minu-

tos después Marieta vino a decirle que tenía ya dispuesta la cama y a recoger la lámpara para llevarla al despacho, Sixto le dió orden de que se acostase. Daban las dos de la madrugada, y aun continuaba el sabio leyendo aquel original trozo de análisis que Roberto había titulado *Memoria sobre él mismo*, y cuyo título propio y exacto hubiera sido: *Confesión de un joven del día*.